

ternas; así, y sólo así, su existencia se conserva; y si semejante estado de reclusión es perfecto, lo puede prolongar hasta lo infinito. El cuerpo orgánico, por el contrario, debe su existencia precisamente al continuo movimiento y á la recepción incesante de influencias externas; cuando éstas cesan y el movimiento se para, está muerto y ha dejado de ser organismo ¹.

Esta exposición es acertada en todo lo que á la esencia atañe, aunque podría completársela en más de un extremo. Sólo á los organismos les corresponde nacer de hecho en la naturaleza y sólo de otros individuos iguales suyos, y en particular las más veces de una célula proliferante, en la cual ni aun la más exacta observación ha logrado descubrir un rastro de organización preformada. La llamada *intususcepción*, por virtud de la cual la substancia entera incorpora nuevos elementos al plan intrínseco de su organización, se encuentra únicamente en los organismos. Solamente en ellos se observan los procesos de la nutrición y reproducción; en ninguna otra parte se perturba el equilibrio químico con tanta regularidad y por un modo tan singular que, en su consecuencia, tiene lugar un cambio constante de substancias; no se ha visto sino en el organismo que el todo elabore sus partes; sólo el organismo presta con peculiar energía el mayor trabajo cuando es exigua la cantidad del material invertido. Teniendo en cuenta todo esto, no se puede ya dudar de que tan singular modo de manifestarse presupone un principio de ser absolutamente propio. Si tal no fuera, debería decirse que una especie determinada de acumulación mecánica de los átomos en la mezquina célula germinativa es la causa de todo el organismo, lo cual vendría á ser lo mismo que decir que es la causa, no sólo de la formación y reunión de otras muchísimas células, sino también de la elaboración conveniente de los órganos más diversos, que se verifica conforme á un tipo interno inmutable, comunicándole la fuerza de reparar desperfectos y de multiplicarse, produciendo una serie interminable de individuos, con los que tienen la más perfecta semejanza; efecto que sobrepasaría infinitamente el poder de la causa á que se le atribuye. De donde resulta que el organismo no puede de ninguna manera haberse originado de lo inorgánico por modo puramente mecánico.

¿Pero qué diríamos si la Ciencia lograra demostrar que aun hoy día nacen de materia inorgánica infusorios, entozoarios y otros seres imperfectos parecidos? Entonces *debertase* suponer con ARISTÓTELES que no sabemos qué cuerpos inorgánicos hubiesen recibido el poder de producir organismos; pero no podría colegirse

¹ *El mundo, substancia y representación*, tomo II, pág. 335.

de ahí que esa producción se efectuase por vía mecánica. Por lo demás, ya hemos advertido (núm. 122) que no es de esperar que la ciencia natural llegue algún día á demostrar la realidad de la generación equívoca. Según todo esto, debe tenerse por verdad asegurada que la vida orgánica tiene origen espontáneo semejante al que conviene á la naturaleza inorgánica; y confórmese el señor H. ECKEL con que de combinaciones particulares de asociaciones de carbono así nacerán jamás organismos como de combinaciones particulares de tachuelas y piedras de la calle.

539. ¿Hemos, pues, de refugiarnos en el milagro para explicar el primer origen de los organismos? preguntan los sostenedores del monismo; y he aquí que, por miedo á los milagros y hechos sobrenaturales, se han puesto á discurrir las teorías más innaturales y extrañas.

Algunos, entre los cuales se cuenta á STERRY HUNT, EDGAR QUINET, H. E. RICHTER, W. THOMSON, nos dicen que los primeros organismos cayeron de otras estrellas á la tierra, caballeros en meteoros y estrellas errantes, y pudieron conservarse y propagarse después de enfriado bastante el globo terráqueo. Pero, dejados aparte más de un inconveniente astronómico-físico, eso no es resolver la cuestión, sino remitirla á una instancia anterior, porque también los demás astros que al presente están bastante enfriados para que en ellos puedan existir organismos del mismo modo que en la Tierra, han tenido que atravesar antes un estado de incandescencia en que la existencia de organismos era un imposible absoluto. ¿De dónde, pues, llegaron los primeros organismos á aquellos astros?

Otros sabios han querido dar de lado al temible milagro afirmando que lo orgánico fué antes que lo inorgánico. TEODORO FECHNER, por ejemplo, declara que tiene á todo el mundo por un organismo animado de conciencia divina con dos modos de manifestarse: uno psíquico-teleológico, y otro material-mecánico ¹. Según esta teoría, el mundo habría sido en sus principios un globo cosmo-orgánico, con una tendencia que tenía por objeto, primero la estabilidad, y después también cierta divergencia, y cuyo resultado fué que nuestra Tierra se dividió en moléculas orgánicas é inorgánicas, de modo tal que éstas eran más recuentes que aquéllas por haberse de ellas originado.

Análogo á éste es el parecer de W. PREYER. «Sostenemos, dice, que el movimiento sin fin en el universo es vida; que el protoplasma debió quedar necesariamente cuando por la actividad más intensa del planeta incandescente en su superficie, que iba enfriándose, los cuerpos ahora llamados inorgánicos hubieran sido separados de

¹ Cf. núm. 517.

sus demás elementos... Los metales graves, que antes habían sido elementos orgánicos, no se derretían ya ni volvían á entrar en el círculo que los había expulsado. Ellos son los signos de la rigidez mortal de organismos prehistóricos gigantescos, incandescentes, cuyo aliento sería tal vez vapor de hierro que despedía torrentes de luz, y cuya sangre sería metal líquido, y su alimento quizá meteoritos... "Sostenemos,... ¡pues mucho sostener es ése, señor cate-drático! Casi casi deberíase hallar en la fantasía inflamada del Sr. PREYER una confirmación de que toda vida y todo pensar es lo mismo que en los tiempos prehistóricos se manifestaba como "actividad del planeta incandescente... Nosotros estimamos que cuando se trata de investigar la realidad de la naturaleza, y en general de toda verdad, se deben dejar á un lado esos ardores y dirigirse á las cosas con mirada clara y entendimiento sobrio. A quien procede así no le dará nunca por afirmar la identidad de la vida orgánica y de la incandescencia prehistórica. La cuestión que aquí se ventila no adelanta una línea con la disertación de PREYER ni de FECHNER. Porque, según todos los hechos conocidos atestiguan, lo inorgánico existió antes que lo orgánico, y sabido es también que la naturaleza de los organismos presupone la existencia de cosas inorgánicas. Además de esto, hay todavía un abismo abierto entre lo orgánico y lo inorgánico; de un "milagro", se han hecho *dos*, ó, si mejor se quiere, el "milagro", se ha trasladado á otro lugar sin menoscabo de su carácter de milagro. La cuestión del origen de los primeros organismos queda en pie, como estaba, y la fuerza de la lógica inmovible é inexorable nos compele á reconocer y confesar el origen *supramecánico* de los cuerpos organizados.

560. ¿Pero sería esto, efectivamente, un proceso *sobrenatural*, ó sea un *milagro*? Si lo será para todo el que tenga su entendimiento cercado por horizonte tan estrecho que confunde lo que es solamente supramecánico con lo que es sobrenatural, de suerte que llama milagro á todo cuanto no encuentra explicación satisfactoria en procesos mecánicos porque no ve en toda la naturaleza más que mecanismos. ¿Pero qué derecho hay para semejantes suposiciones? Si se quiere llamar milagroso y sobrenatural á todo lo que es oscuro, condénese con este nombre ante todo al movimiento mecánico, puesto que, cuan fácil como es de imaginar para la fantasía, tan obscuro es el movimiento para la inteligencia. Nosotros afirmamos, y creemos haber demostrado, que *en la naturaleza* hay más que movimiento mecánico y conversión del mismo. La naturaleza de las cosas trae consigo un continuo nacer y perecer, y exige que cada cosa sea puesta en movimiento por otra; y como quiera que el *conjunto* de las cosas movidas del mundo no puede existir sin un principio que lo sostenga, la naturaleza exige que el

universo entero haya recibido la existencia de una causa extramundana.

Muchas veces sabios naturalistas han manifestado la opinión de que la idea de una intervención reiterada de fuerzas colocadas por encima de la naturaleza equivale á una derogación pasajera de las leyes naturales, ó en otros términos, á influjos ó milagros obrados de tiempo en tiempo, y que, por tanto, parecen menos que nada compadecerse con el concepto que debemos hacernos de la omnipotencia, omnisciencia y previsión del Ser Supremo. No han notado estos sabios que en todo eso no hay "milagro, alguno mientras Dios no hace más de lo que es indispensable á las cosas naturales y á la totalidad del mundo. Un milagro en el sentido propio y usual de la palabra es un suceso extraordinario y sensible que sobrepuja á la fuerza de la naturaleza, y es realizado por Dios, Señor nuestro, sin que la naturaleza de las cosas en y por sí exija semejante acción divina. Según esto, la primera creación y constitución de las cosas del mundo por obra de Dios, la reiterada producción de organismos, correspondiente cada vez á la fase respectiva del mundo, no son más milagros que la conservación del mundo por el poder divino. No ignoramos, por cierto, que en la época moderna se ha tratado de alterar el significado de la palabra "milagro, llamando así á *toda* acción divina; y dado que para los "ilustrados, el "milagro, es cosa cuyo nombre sólo les escandaliza, y el suponerlo puede designarse, sin más quebraderos de cabeza, como "irracional, é "indigno de la Ciencia, no es de maravillar que hoy día toda referencia que se hace á Dios sea condenada, por milagrosa, á la picota de la ridiculez por el tribunal de la ciencia moderna. "Dar en semejantes explicaciones vale siempre tanto como abandonar el terreno científico, eventualidad que no debe mencionarse como admisible, ó siquiera como imaginable, en una disquisición que de científica se precie... Es indigno de la Ciencia *pensar* en Dios, hacer referencia á Dios. Con apotegmas por este estilo se proclama el dogma que la moderna ciencia sostiene, no porque tenga pruebas con que abonarlo, sino *porque sí*. Esto no es ciencia, sino rebeldía infernal, contumacia que recuerda la del primero que no quiso reconocer la supremacía de Criador; y si es que hay equivalencia ética como la hay física, si significan algo los nombres de verdad y justicia, es seguro que este fariseísmo con su repugnante vanidad científica, cuyos sacerdotes despreciables terminan su carrera temporal en el hoyo, revivirá en otra parte, pero en la forma que de derecho le corresponde.

561. ¿Cómo hemos de figurarnos, pues, *conforme á la verdad y á la ciencia*, el origen de los organismos? Hoy día la observación universal nos enseña que todo organismo es producido por otro

semejante á él. Esto no puede haber sido siempre así; porque, aparte de razones filosóficas, la Geología demuestra que ha habido una época en la Tierra en que no podían existir gérmenes ni células á causa del estado de delieuescencia ignea en que la Tierra se hallaba; los átomos naturales, empero, tales como la ciencia natural nos los da á conocer, eran impotentes para engendrar organismo alguno. Luego con el origen de los primeros organismos, lo mismo que con el primer origen de la materia y del movimiento universal, la naturaleza señala, en virtud de la inflexible ley de causalidad, una causa que está fuera de ella, un principio que existe fuera ó encima del mundo, indicando á este principio como autor, inmediato ó mediato, del mundo organizado.

Pero eso es imposible, contestan. "¿Hemos de admitir, pregunta HERBERT SPENCER ¹, que el organismo fué creado de la nada? Si así es, se tiene admitida también la creación de materia, y la creación de materia es increíble — porque exige el establecimiento lógico de una relación concebida entre una realidad y la nada, relación en la cual falta uno de los dos miembros, y, por tanto, relación imposible. ¿Hemos de admitir que la materia de que consta el organismo no fué especialmente creada para este caso, sino que fué sustraída á sus antiguas formas y vaciada en otra nueva? ¿Acaso de los millares de millones de átomos que se asocian para constituir un organismo se ha escapado de repente cada una de las combinaciones que hasta entonces le tenían preso, y se ha lanzado á reunirse con los demás, y trasladarse luego con ciertos otros al lugar que le estaba señalado en el agregado complejo de órganos y tejidos? No hay que dudar que la suposición de tan innumerables impulsos sobrenaturales sería más bien un aumento de los misterios que la solución de este solo misterio del organismo. Porque cada uno de estos impulsos presupone la creación de fuerza, y la creación de fuerza es exactamente tan inconcebible como la creación de materia ²."

Pero tranquilícese HERBERT SPENCER. Si se pregunta por la posibilidad de que la cosa se haya de esta ó de la otra manera, ambas son posibles, y todavía una más. Renunciamos á establecer una relación efectiva entre la nada y algo real, y preguntamos solamente: ¿Por qué ha de ser antilógico que empiece á ser, en virtud de la

¹ *Los principios de la Biología*, tomo I, pág. 367 de la traducción alemana. Stuttgart, 1876.

² En la revista *Kosmos* (año 1878, cuaderno 9.º, pág. 242) se dice de estas ideas de SPENCER que es de lo más ingenioso que se ha escrito sobre esa alternativa, que hoy no se tiene siquiera por discutible (entiéndase la alternativa entre la creación y la evolución). «Aunque es de considerar, añádese como para disculpar á SPENCER, que aquello fué publicado hace catorce años, ó sea en una época en que todavía no estaba asegurado, ni mucho menos, el triunfo de las nuevas ideas.» (Cain pronto viene la muerte aun á las ideas!)

omnipotencia divina, algo que antes no era? Luego tanto la fuerza como la materia podía ser creada por Dios si así era necesario para la producción de los organismos. Dijimos que podía aún imaginarse otra eventualidad, y ésta es la que tenemos por más verosímil.

¿No es posible que, al crear la substancia material, Dios haya dispuesto los elementos del mundo de forma que en el transcurso de la evolución del universo, y de la Tierra en particular, se hallasen reunidas en condiciones externas é internas tales como correspondían de alguna manera á la vitalidad de ciertos organismos? Y dado que Dios *concorre* siempre y en todas partes con la acción de las cosas creadas de modo conveniente á la naturaleza de éstas, puede suponerse que el concurso divino haya producido en aquella fase del desarrollo del mundo los principios de vida que correspondían á la fase respectiva de la evolución de la Tierra, dando ocasión á que empezasen á formarse organismos. Atendidas las condiciones en que por entonces se hallaba la creación, esto no habría sido nada sobrenatural ó milagroso. Ni el primer acto creador, ni la producción de organismos en materia á propósito, deben llamarse milagros, entendiéndose realizada ésta en el lugar y tiempo en que el curso de la naturaleza lo exigía.

Lo orgánico se ha originado, pues, efectivamente de lo inorgánico por el lado material, pero de ningún modo por el lado formal.

En cuanto á la parte formal, algunos pensadores cristianos de la Edad Media creían, siguiendo el parecer de SAN AGUSTÍN, que la substancia inorgánica había recibido del Criador una *facultad* orgánica seminal (*ratio seminalis*), de modo que en el transcurso de la evolución se habían originado, en circunstancias apropiadas, los principios formales de ciertos organismos en virtud de aquella facultad, disposición del Criador que tuvo una expresión adecuada en aquellas palabras de la relación mosaica: *Germinet terra, producant aquae, producat terra*. Allí donde SANTO TOMÁS DE AQUINO habla de esta opinión menciona la de algunos autores árabes, según la cual los organismos habían podido nacer directamente de una mezcla de substancias inorgánicas; pero declara inadmisibles esta teoría, porque la naturaleza le parece emplear siempre medios determinados para producir sus efectos. "Por esta razón, dice, aquello que en la naturaleza nace solamente de semen, no puede haber nacido nunca sin semen por modo natural.. Después distingue el santo Doctor en cada acto generador natural un principio activo y otro pasivo, encontrando el principio pasivo en los elementos, y el activo en la virtud plástica (*virtus formativa*) peculiar al semen, y luego prosigue: "Al constituirse por primera vez las cosas, el principio activo fué la palabra de Dios,

que produjo los animales la substancia elemental, bien como hecho real (*actu*), según la doctrina ordinaria, bien solamente según la potencia (*virtute*), que es la opinión de San Agustín. No es esto decir que el agua ó la tierra llevasen en sí la fuerza de engendrar todos los animales, según afirmaba Avicena, sino que el poder los animales originarse de substancia elemental por virtud del semen proviene de una fuerza conferida á los elementos en los principios del mundo ¹.. Por lo que hace á la "virtud seminativa", SANTO TOMÁS se adhiere al parecer de SAN AGUSTÍN, designando con estos términos todas las potencias activas y pasivas, que son el principio de la generación y mutación natural. "Todas estas potencias activas y pasivas pueden ser contempladas según la diversidad de relaciones en que se hallan. Primitiva y originariamente, tienen un ser ideal en la palabra de Dios. Después existen en los elementos del mundo, en los cuales surgen desde el principio como en causas universales. De un tercer modo existen en aquello que se origina de las causas universales en la sucesión de los tiempos; por ejemplo, en esta planta, en este animal, como en causas especiales. De un cuarto modo existen en el semen ó semilla producido en el animal y la planta; este semen ó semilla se han á su vez, respecto de otros efectos particulares, como las causas universales y primordiales respecto de los primeros efectos ²..

§ IV

El origen de lo psíquico.

362. Con el problema del origen de los primeros organismos se relaciona íntimamente la cuestión del origen de aquellos seres que poseen facultad perceptiva y sensitiva.

No es nada extraño que los partidarios del movimiento mecanista no abandonen tampoco en este lugar la "gradación continua", reduciendo el conocimiento y la conciencia á mecanismo con el fin de borrar toda distinción esencial entre los seres cognoscitivos y los que carecen de conocimiento.

Después de haber recordado HÆCKEL, primero, que las células en el animal y la planta no deben mirarse como el material inerte y pasivo del organismo, sino como individuos vivos y activos del respectivo estado, designa como fundamento de la Psicología em-

¹ *Summ. Theol.*, I, q. 71, a. unic. Cf., *ibidem*, q. 69, a. 2.

² *Summ. Theol.*, I, q. 125, a. 2.

pírica el *alma celular*, sin echar de ver que no por concebir las células como partes vivas y activas de un organismo es preciso hacerlas individuos de un estado, independientes entre sí. El alma celular es, según HÆCKEL, "la totalidad de las fuerzas de tensión almacenadas en el protoplasma".¹ Apareciendo, empero, ligada al protoplasma el alma celular, ésta no es otra cosa sino el resultado de las actividades psíquicas de las moléculas del protoplasma, que son llamadas brevemente plastídulas. El último factor de la vida sensitiva del alma es el *alma plastidular*, de la cual dice HÆCKEL: "Si en la generación equívoca determinado número de átomos de carbono se unen con cierto número de átomos de hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, azufre, constituyendo la unidad de una *plastídula* (esto es, una molécula de protoplasmas), debemos considerar el *alma plastidular*, ó dígase la suma total de sus manifestaciones de vida, como el producto necesario de las fuerzas de aquellos átomos reunidos y asociados ².. "El alma plastidular se distingue del alma molecular inorgánica por el don de la memoria ³.. Por fin, el autor nos habla también del *alma atómica*, como suma de las fuerzas centrales de los átomos. "Las controversias recientes sobre la condición de los átomos, opina el famoso naturalista jenense, que tenemos que reconocer, *en cualquier forma que sea*, como últimos factores elementales de todos los procesos químicos y físicos, parece que pueden dirimirse del modo más sencillo si se supone que estas partículas más pequeñas de masa poseen, como centros de fuerza que son, un alma constante, ó sea que cada átomo está dotado de sensación y movimiento ⁴.. "Merced al *encuentro fortuito* y á la combinación variada de las almas atómicas constantes é innumerables, se originan las múltiples y sumamente variables almas plastidulares, especie de factores moleculares de la vida orgánica ⁵..

Aquellos lectores á quienes importan *razones*, pero que no han leído los escritos de HÆCKEL, se inclinarán, por lo menos, á creer que el celebrado investigador haya intentado una vez siquiera indicar *cómo* se puede pensar, *como posible*, el paso de lo físico á lo psíquico. Pero *ni vestigio de ello* se encuentra en las obras de HÆCKEL; sólo designa la repulsión y atracción, formas, según él, de movimiento de los átomos, con los nombres metafóricos de *placer* y *dolor*, volviéndolas en sensación. "Aunque todavía, dice, no sabemos aclarar satisfactoriamente la esencia de la conciencia, el

¹ Nota al discurso citado, pág. 23.

² Discurso citado, pág. 14.

³ Nota, pág. 23.

⁴ Nota, pág. 23.

⁵ Discurso citado, pág. 14.

examen comparativo y genético de la misma permite conocer con harta claridad que no es más que una función más elevada y compuesta de las células nerviosas¹. Pues eso es lo que habría que mostrar: cómo la representación immanente de otro objeto, hecho elemental de toda "conciencia", y en particular la aprehensión immanente de conceptos puramente abstractos, principios universales, verdades suprasensibles, cual se verifica en el espíritu del hombre, puede no ser más que una función de las células nerviosas, ó sea de diversos regimientos de almas atómicas. Esta es exactamente la misma manipulación de prestidigitador con que quería embaucarnos arriba cuando se trataba de la generación equívoca. Allí llamaba á los organismos más sencillos glóbulos de protoplasma ó de albúmina ó carbono; aquí apellida á las fuerzas mecánicas de los átomos alma atómica. Nombres inofensivos que no pueden tener otro efecto que el de engañar á lectores incautos. Pero al fin no son éstas tretas inofensivas.

563. Conforme al principio primero del monismo mecánico, los procesos que se suelen designar generalmente como psíquicos (sensaciones, representaciones, sentimientos, pensamientos, actos de voluntad), no deben ser otra cosa que mecánica de átomos en movimiento; luego debe existir entre ellos y la locomoción de los átomos una relación de proporción, en la cual aquéllos figuren solamente como modificaciones ó combinaciones de los movimientos atómicos. Que manifiestamente no sucede así, ya lo hemos mostrado en otro lugar (núm. 124). Sin embargo, vamos á figurarnos una vez más qué hay de todo esto, siquiera para hacer más evidente la verdad exponiéndola de otro modo.

Para demostrar la diversidad absoluta entre los actos psíquicos y las suposiciones del monismo mecánico, algunos sabios modernos, y entre ellos E. ZELLER², se limitan á poner de relieve la *unidad* de los actos psíquicos ratiocinando de este modo:

Como quiera que todos los cuerpos, y también los átomos corpóreos, son compuestos de partes separadas entre sí por el espacio, todo movimiento ó mutación de un cuerpo que llega hasta el átomo no es más que la suma de los movimientos ó alteraciones de todas sus partes juntas, verificándose cada uno de estos movimientos en su propio *substratum* y por su propia vía. Ahora, si concibiésemos estos movimientos como realizados con conocimiento, tendríamos tantos sujetos conscientes de sí propios como el cuerpo tiene partes, ó sea un número indeterminado. El sujeto de la conciencia de sí propio no puede buscarse sino en un ser rigurosa-

¹ Nota, pág. 14.

² *Sobre la explicación teleológica y mecánica de la naturaleza*. Berlin, 1876.

mente uno, y no compuesto de partes situadas en partes distintas del espacio. ¿Pero no fuera posible que aquel sujeto *naciese* precisamente gracias á la cooperación de todos los movimientos que se efectúan en las diferentes partes de un sistema corpóreo? No; y ¿por qué no? ZELLER contesta que semejante cooperación presupone ya la existencia del sujeto uno sobre el que pueda obrar á una multitud de diferentes movimientos. Mas ¿no sería tal vez lícito admitir que la unidad de la conciencia de sí propio no es más que vana apariencia, originada de la simultaneidad de ciertos procesos cerebrales? Otra vez no; y ¿por qué no? Porque, según observa ZELLER, esta apariencia no podría originarse sino comprendiéndose la variedad simultánea en la unidad de la conciencia, lo cual no podría suceder si no existiese un ser rigurosamente uno, en el cual y por el cual se efectuase este acto comprensivo.

De este ratiocinio se deduce indudablemente que una materia absolutamente atómica, y por tanto *discreta*, así puede ser el *substratum* de una conciencia como un regimiento comer con una sola boca, y nada más se necesita para que el monismo mecánico esté derrotado por completo. No obstante, esta argumentación no apura todavía la cuestión. Nosotros entendemos que nunca se debería dejar de hacer mención de la razón más profunda y propia que milita contra nuestros adversarios en este campo de la inmanencia psíquica, á saber, de la *interiorización* que constituye la esencia de todo acto de la conciencia. Pues precisamente esa interiorización por la cual el contenido de la percepción ó conciencia se hace *presente* al sujeto por modo immanente, es la que saca los fenómenos psíquicos de toda relación á movimientos físicos y químicos, y aun orgánicos, obligando hasta á BÜCHNER á confesar, contra la conocida y elemental aserción de VOEGT, que "la contemplación más exacta no nos permite encontrar analogía alguna entre la secreción de bilis ú orina y el proceso que origina el pensamiento en el cerebro".

Dedúcese de aquí que si bien ningún proceso orgánico-psíquico, sin excepción alguna, puede prescindir de mecánica, como lo enseñaba explícitamente la Filosofía antigua¹, en sí considerados todos son esencialmente más que mecánicos. El objeto de toda operación dinamo-mecánica es una cosa tal como existe con realidad concreta, y el resultado es el movimiento mecánico de esta cosa; el objeto del conocimiento, por el contrario, es la cosa según

¹ «Omnes formae, ut saepe docet ARISTOTELES, producuntur non sine aliquo motu, sed aliud est, quod hoc non fiat sine illo, aliud quod hoc sit illud; e. gr., aliud est quod animal non ambulet sine pedibus, aliud est quod ambulare nihil aliud sit quam habere pedes. Sic licet sensationes non dentur sine motibus, impulsibus, titillationibus organorum sentimentium, ipsum sentire non est sensum moveri et titillari» (St. MAUR., *Quaest. philos.*, lib. II, cap. IV.)

que está objetivamente presente en quien la conoce, y el resultado del acto cognoscitivo consiste en que el cognoscente adquiere conciencia de la cosa sin que ésta sufra alteración alguna. Así, pues, el conocimiento es un acto simple y primitivo, y desde luego es obvio que por ninguna complicación de efectos dinamo-mecánicos puede producirse un acto de conocimiento. Hasta LOCKE confiesa que "es imposible concebir cómo la materia pueda formar por sí misma la sensación, el concepto, el conocimiento. Divídasele en cuantas partes se quiera, dénesele todos los movimientos y formas que se guste, estas partículas infinitamente pequeñas no obrarán de otra manera sobre cuerpos de un grosor igual al suyo que sobre un cuerpo de un palmo ó pie cúbico de grueso. Las partes grandes se tocan y chocan unas con otras; esto es todo lo que pueden, y las partes pequeñas poseen la misma facultad, y no ninguna más alta. Del movimiento no puede nacer el pensamiento. Siempre excederá tanto á las fuerzas de la materia y del movimiento el producir actos cognoscitivos, como á las fuerzas de la nada sobrepuja el crear la materia".

No obtenemos otro resultado cuando dirigimos nuestra atención hacia la *tendencia* que se manifiesta en todos los hechos, ya que en ella se refleja la esencia de las cosas con más claridad que en nada; de suerte que puede afirmarse que allí donde se revelan tendencias esencialmente diferentes, también son diferentes las substancias. En la vida cognoscitiva, empero, se manifiesta una tendencia que se distingue esencialmente de toda otra tendencia natural. Un principio cognoscitivo y sensitivo aspira á procurarse formas, esto es, representaciones ó imágenes de otras cosas, condiciones por cuya mediación se las haga presentes en su interior en su propio provecho. Decimos que quiere hacérselas presentes á sí, acentuando estas palabritas para indicar la *conciencia* de que va acompañado todo verdadero conocimiento. Estas acuñaciones conscientes de cosas y estados ajenos constituyen después el elemento determinativo de aquellas apetitos y movimientos que de su naturaleza son indeterminados. El principio, que es el sujeto de los mismos, se conoce en ellos, por lo menos imperfectamente, á sí mismo, no siempre en cuanto es la causa de los actos que pone, pero sí en cuanto está presente, de manera concreta, en los actos ó fenómenos. De esto no hallamos vestigio alguno en las cosas destituidas de conocimiento, ni encontramos nada que pueda interpretarse como rudimento de semejante proceso. En ellas, toda determinación de las diversas tendencias está hecha y dispuesta en

¹ *An essay concerning human understanding*, lib. IV, cap. X. (Ensayo concerniente al entendimiento humano.)

la naturaleza. La planta tiende á crecer, nutrirse y propagarse en una forma que no necesita adquirir primero por trabajo propio, que encuentra dada, completa y cabal en su naturaleza. Igualmente la substancia inorgánica aspira, con una determinación acabada de su naturaleza, á procurarse su tipo ó cantidad, á mantenerse en su estado y obrar sobre otra materia de modo alterante. Luego no hay diversidad gradual, sino diferencia esencial, entre la tendencia cognoscitiva y las demás tendencias naturales, y, por lo tanto, no puede afirmarse que el conocimiento pueda ser derivado de funciones mecánicas de la materia.

Muy de agradecer es que la Fisiología moderna nos haya proporcionado noticias á cual más interesantes sobre la estructura material de los nervios y del cerebro, enseñándonos, por ejemplo, que en la substancia gris que cubre los hemisferios existen cosa de 1.200 millones de células, y que el número de fibras que comunican con estas células debe estimarse en unos 48.000 millones; de manera que para toda nueva representación puede emplearse mecánicamente sin embarazo alguno una nueva célula. Pero ¿qué se tiene adelantado con estos y parecidos descubrimientos para la explicación de los procesos psíquicos? Cuanto más precisamente conozco el número de las células cerebrales, las relaciones de agregación de las moléculas cerebrales, sus movimientos y agrupaciones, sus cualidades químicas y descargas eléctricas, tanto mejor conozco lo físico que acompaña á lo psíquico de la misma manera que el cuerpo al alma, y tanto mejor comprendo con cuánta razón los grandes pensadores antiguos reconocían también un lado material y mecánico en el acto de la sensación; pero no habré adelantado un paso en la inteligencia de lo *psíquico*. Aun cuando fuesen conocidos todos los pormenores de los movimientos mecánicos que sirven de condiciones materiales á los procesos psíquicos en el organismo vivo, nadie creerá seriamente que entonces esté explicada también la sensación misma. "Siempre, observa LORZÉ¹, queda sin acortar el salto del último estado de los elementos materiales que podemos alcanzar al primer apuntar de la sensación, y apenas abrigará nadie la vana esperanza de que una ciencia más adelantada llegue á descubrir un tránsito misterioso allí donde con la más clara evidencia se impone á todo entendimiento la imposibilidad de todo tránsito continuo."

La Fisiología asiente á este modo de considerar el problema. A. L. HERMANN advierte: "La representación es un fenómeno totalmente indefinible que aparece ligado de manera inexplicable á ciertos procesos materiales en una parte de los órganos nerviosos

¹ *Microcosmos*, tercera edición, tomo I, pág. 165.

centrales. Para tratar los fenómenos psíquicos del modo que la ciencia natural suele tratar los demás, falta todo punto por donde pueda tocarlos, dado que no dejan colocarse bajo ninguno de los conceptos científico-naturales ¹. Y en su *Tratado de anatomía y fisiología de los órganos sensitivos*, A. FICK insiste á menudo en que de parte de la Fisiología no puede esperarse ninguna explicación de la sensación que tal nombre merezca. Lo mismo atestiguan todos los demás representantes notables de la ciencia fisiológica.

En efecto, es muy digno de advertirse que todos los naturalistas que andan á caza de hechos positivos, y hasta los que aumentan el séquito de HÆCKEL, se ven obligados á reconocer la diferencia esencial, el abismo infranqueable que separa lo psíquico y lo que no lo es. No hace excepción siquiera aquel G. H. SCHNEIDER que, á instancias de HÆCKEL, ha elegido por objeto de sus estudios la vida apetitiva de los brutos. Habiendo aprendido de HÆCKEL cómo lo orgánico nació de lo inorgánico, nos lo sabe comunicar como si él mismo lo hubiera presenciado: "Desde que se formó la costra de la Tierra parece cierto que la naturaleza fué elaborando más y más las combinaciones de carbono apropiadas para representar un acto de nutrición, crecimiento y propagación, volviéndose cada vez más favorables las condiciones, hasta que en una infinidad de casos se dió una vez el especial de que se verificase una propagación perpetua ²." Sin embargo, y á pesar de esta habilidad y audacia de fantásticos saltos mortales, no la tiene bastante para saltar el abismo que separa lo psíquico de lo no psíquico. "Los fisiólogos, dice, creen alguna vez poder explicar una sensación cuando consiguen fijar ciertas condiciones externas necesarias para que tenga lugar. Dado el caso de que supiésemos determinar todos los nervios por cuya excitación se origine tal ó cuál sensación, é indicar la índole particular de la irritación con respecto á cada sensación distinta—conocimiento en el que la Fisiología hará indudablemente todavía grandes progresos,—no sabríamos más que las condiciones externas de una sensación, porque tendríamos que volver á preguntar cuál es la causa de que este determinado nervio origine en esta determinada irritación ésta ó aquella determinada sensación conducente. Y aun supuesto que conociésemos con exactitud todo movimiento característico de las moléculas y átomos nerviosos en esta ó aquella sensación, todavía no podríamos comprender cómo sea posible que de tal movimiento pueda resultar un fenómeno de conciencia, una sen-

¹ *Líneas fundamentales de una fisiología del hombre*, cuarta edición, pág. 55.

² *La voluntad animal*, pág. 39.

sación, un sentimiento. Exageradas son las esperanzas que de parte de la Psicología se han puesto en tiempos recientes en los adelantos de la Fisiología; porque, cuando se tienen determinados los procesos fisiológicos de un fenómeno de conciencia, se ha obtenido un conocimiento fisiológico, pero no psicológico; la conciencia no se explica, ni con mucho, por las funciones nerviosas en cuanto podemos conocer y comprender éstas." (Págs. 126 y 127.)

564. Ahí, pues, tenemos una doctrina en la cual convienen sin ninguna discrepancia los adeptos de la ciencia positiva: que por todas partes se confirma que el tránsito de la más elevada altura de la mecánica natural al primer apuntar de la vida cognoscitiva es como saltar sobre un abismo imposible de salvar. A pesar de todo, HÆCKEL empuja hacia la audaz aventura. SCHNEIDER, uno de sus más fieles adeptos, pretende establecer como hecho que lo psíquico se origina de lo no psíquico. Avezado como está á saltar, ha ensayado, inspirándose en el ejemplo de su maestro, demostrar que aun las formas más perfectas de la vida psíquica se han originado de pocas formas primitivas sumamente sencillas, con lo cual parece notablemente facilitado el problema que tiene por objeto el primer origen de estas formas primordiales. Así parece, pero nada más.

Aunque concedamos que las diferencias grandiosas y en sí acabadas de los instintos animales se hayan originado, merced á la "supervivencia de lo más apto," de ciertas sensaciones fundamentales, simples percepciones é impulsos primitivos, surge tanto más imperioso el gran problema de la vía por la que se originaron aquellos maravillosos fenómenos primordiales de la vida psíquica, en los que estaba contenido como en una nuez el mundo de las maravillas de la vida instintiva de los animales. Al llegar á este punto, empero, nuestro autor nos ofrece una solución de la cual bien puede decirse que es de lo que no se ha visto.

"El problema, dice, del origen de la sensibilidad debe resolverse del mismo modo que el de la primera formación de vivientes animales. Así como entre las innumerables combinaciones químicas distintas que se efectuaron en la Tierra, las hubo también algún día tales que por fin se originó una substancia viva, la cual constituye desde entonces la base de infinito número de múltiples combinaciones vivientes, sin duda acabó por formarse entre éstas una que encerraba una nueva cualidad: la sensibilidad. Del mismo modo que la cualidad de la vida, esto es, la nutrición y propagación es considerada solamente como un caso especial de un número infinito de casos distintos, la sensibilidad no es más que un caso singular de un número infinito de peculiaridades diversas." (Página 134.)

El autor no ha dejado de alegar razones en favor de su dictamen, ó, por mejor decir, de reunir una vez más las discurridas por STRAUSS, HÆCKEL y otros. Es natural que de la solidez de sus argumentos dependa el grado de confianza que nos merezca su tesis. La primera razón la encuentra en la analogía misma que ofrece, según él, el origen de lo orgánico. «La posibilidad de que se formase de combinaciones incapaces de sensación una sensitiva, se concibe tan fácilmente como la probabilidad de que por generación equívoca se hayan originado formaciones vivientes de otras que carecían de vida. Es posible que nazcan cosas animadas de inanimadas; ¿por qué ha de ser imposible que de seres privados de sensación se originen otros que posean sensibilidad? La facultad de sentir no es ni más ni menos que una propiedad del protoplasma animal viviente, lo mismo que la facultad de nutrirse y propagarse.» (Página 135.)

Pero quisiéramos preguntar al autor: ¿es una verdad comprobada por hechos que lo orgánico ha nacido de lo inorgánico? Por obstinado que sea, deberá confesar que no; mas añadirá que esto es una hipótesis que la Ciencia justifica suficientemente. Y cuando preguntemos por el fundamento de esa justificación científica, no oiremos otra cosa que los argumentos con que se milita á favor del origen equívoco de los organismos, argumentos que, apurados hasta su fondo, vienen á reducirse á que se dice con prevención atea: si no se verificase semejante origen equívoco, seríamos compelidos á admitir una causa metafísica, al reconocimiento de Dios. ¿Qué aprovecha, pues, la analogía de aquel hecho tan vergonzosamente «demostrado»? Además, debería de reparar el autor en que lo orgánico como tal se halló á mucha más breve distancia de la materia que lo psíquico. Porque mientras que el proceso orgánico de nutrición, crecimiento y generación se verifica por vía químico-física, el acto psíquico es enteramente diferente de todos los procesos que reseñan las ciencias naturales. Por tanto, aunque fuera cosa probada la generación equívoca respecto de lo orgánico, que no lo es, no habría, sin embargo, motivo alguno para fundar en ella alguna conclusión de analogía á favor del origen mecánico de los actos psíquicos. En resumen, no tiene el diablo por donde desechar el primer argumento de SCHNEIDER.

Como argumento segundo, SCHNEIDER nos aduce un «hecho»: «Que de los elementos, dice, pueden formarse combinaciones con propiedades por completo diferentes, es un hecho observado por nosotros diariamente; ¿cómo, pues, hemos dado en pasmarnos de una propiedad determinada, atribuyéndole causas del todo distintas de las que nos parecen suficientes para explicar las demás?» (Página 135.) «Si bajo ciertas condiciones el movimiento se vuelve

calor, había dicho D. F. STRAUSS, ¿por qué no ha de haber condiciones bajo las que se convierta en sensación?». El contestar á esta objeción nos lo ha facilitado mucho el mismo SCHNEIDER, exponiendo, según arriba vimos, que lo psíquico tiene propiedades enteramente diferentes de los procesos químicos y físicos, aunque, hablando con más precisión, debió decir que lo psíquico lleva el sello característico de una perfección esencialmente más elevada, que es la razón por la que lo atribuimos á causas del todo diversas. Las cualidades de los cuerpos, empero, que nacen de síntesis química no pertenecen á un orden superior, sino que pueden derivarse de las cualidades de los elementos (entre los que se hallan, según los antiguos decían, como vimos en el núm. 414, *qualitates activae et passivae elementorum inter se temperatae*). Con que la pobre luz del segundo argumento está también apagada.

El tercer argumento ha de consistir en la destructibilidad de las facultades psíquicas por influencias materiales. «Cuando destruyo la composición química de la substancia nerviosa introduciendo en ella una substancia determinada, desaparece también la sensación, y ningún Dios es parte á conservarla; ésta es una prueba satisfactoria de que el origen de la sensibilidad estriba en la existencia de una determinada combinación química, lo mismo que su muerte es una consecuencia ineludible de la disolución de la misma.» (Pág. 140.) Si SCHNEIDER pretende decirnos con esto —y racionalmente no podrá querer afirmar más— que el origen de lo psíquico está *vinculado* en una determinada combinación química, no pronuncia más que una verdad trivialísima. Lo químico puede tener, por presuposición natural y necesaria, una combinación química, poco más ó menos así como un magnífico roble exige el requisito de un suelo feraz, sin que deje de ser distinto, como el cielo de la tierra, de una combinación química; ó para emplear un símil tal vez más adecuado, así como la actividad de escritor que ejerce SCHNEIDER presupone papel, pluma y tinta, sin que se tenga motivo suficiente para afirmar que á eso se reducen las obras de este autor, ó así como para la buena ejecución de una pieza musical el *virtuoso* necesita un violín decente sin ser idéntico al hueco que encierran las tablas de madera. No se concibe la música comprendiendo la perfección de las cuerdas, ni tampoco mostrando que no puede haber violín sin madera ni hueco, ni, por fin, diciendo que para que haya música no deben estar rotas las cuerdas. Con todo esto no se habrá hecho más que indicar las condiciones necesarias de la música.

El cuarto y último de los argumentos de SCHNEIDER es una

⁴ La antigua y la nueva fe, pág. 210.

prueba brillante de maestría en argumentaciones hækkelianas. "Una vez debe de haber empezado la sensibilidad sin propagación, si es cierto que los animales no habitan la Tierra desde la eternidad, sino que han principiado á existir en una época determinada. Luego no bien se hubo realizado aquella combinación de carbono, que poseía absolutamente las cualidades del protoplasma animal, cuando nació también la sensibilidad." (Pág. 140.) Nada, absolutamente nada tenemos que añadir á esta razón.

565. Entiéndese por sí mismo que también nosotros creemos que la facultad sensitiva se ha originado una vez. Pero dado que el conocimiento es una perfección esencialmente más elevada que la carencia de conocimiento, y dado además que nada puede dar lo que no posee en algún modo, entendemos que la causa del conocimiento no debe buscarse en la materia privada de conocimiento.

¿Y dónde hemos de hallar esta causa? Las tendencias unitarias de la razón humana, que tanto nos encarecen los monistas (número 478), en cuanto son justificadas nos indican la pista que conduce á la verdad. Los hechos de la experiencia nos obligan á reconocer un dualismo psíquico-físico, y á establecer para los dos grupos, dilatados y diversos entre sí, de los fenómenos psíquicos y físicos, razones de explicación igualmente diversas, irreductibles la una á la otra. No obstante, la propensión á la unidad, ingénita en nuestra inteligencia, la cual se siente poderosamente favorecida por la observación de la armonía reinante entre el mundo de los fenómenos físicos y el de las manifestaciones psíquicas, nos obliga á reducir á un solo principio la variedad de tan diferentes efectos, exigiendo que se deje derivar de una sola razón primordial todo cuanto en el conjunto armonioso del universo es diferente y separado en sí. No pedimos, como muchos adversarios, que coincidan las ramas mismas del árbol del mundo, ó que la una brote siempre de la otra, y nunca del tronco ó de la raíz común con independencia de las demás. Pero debemos esperar que todas las diferentes ramas que concuerdan en el ser, ó bien en la substancialidad, y que además, con ser radicalmente diferentes están fundamentalmente ordenadas la una á la otra, hayan recibido su existencia de la misma primera existencia. Conforme á esto, el principio de conocimiento proviene del mismo modo de Dios, criador de todas las cosas, que la materia, falta de conocimiento. Este origen del conocimiento es natural, no es ningún "milagro." Mas sobre este extremo creemos ya haber dicho lo bastante en otro lugar (núm. 560).

Concluimos, pues, diciendo que á la luz de la Ciencia constra-indudablemente que el monismo mecánico no ha conseguido echar un puente sobre la laguna inmensa que en el punto donde se origina lo psíquico interrumpe el desenvolvimiento del mundo. Aquí

existe y existirá siempre una hendidura en "la unidad", del monismo, porque nada es capaz de cerrarla. El que cree disimularla llevando toda la Física al terreno de la psique, abandona el terreno del monismo mecánico, buscando su salvación en un modo de concebir la naturaleza, que, según creemos haber demostrado con razones concluyentes, es de todo punto insostenible.

